

María Zambrano

# La tumba de Antígona

Introducción de Marifé Santiago Bolaños



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 2019  
Primera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Fundación María Zambrano, 1967  
© de la introducción: María Fernanda Santiago Bolaños, 2019  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9181-387-3  
Depósito legal: M. 285-2019  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

9 Introducción, por Marifé Santiago Bolaños

## La tumba de Antígona

- 23 Prólogo
- 49 Antígona
- 53 La noche
- 57 Sueño de la hermana
- 63 Edipo
- 71 Ana, la nodriza
- 79 La sombra de la madre
- 83 La harpía
- 91 Los hermanos
- 105 Llega Hemón
- 109 Creón
- 115 Antígona
- 123 Los desconocidos



## Introducción

# La tumba de Antígona, alegato contra la barbarie

*No podemos dejar de oírla, porque la tumba de Antígona es nuestra propia conciencia oscurecida. Antígona está enterrada viva en nosotros, en cada uno de nosotros.*

María Zambrano, 1948<sup>1</sup>.

Cuando en 1967 María Zambrano dé por concluida *La tumba de Antígona* hace casi treinta años que habita lo que, en el futuro, reconocerá como su única patria: el exilio. Una patria cuyo mapa existencial han ido configurando México, Puerto Rico, muchos y cruciales años en La Habana, Roma y, desde 1964, La Pièce, donde terminará un texto que la llevaba acompañando más de veinte años, y que iba a necesitar, para concluirse, nacer como obra teatral.

En el agosto habanero de 1946, un telegrama urgente escrito en París por su hermana Araceli le anuncia la gravedad de la madre de ambas. Los trámites burocráticos detienen a María Zambrano en Nueva York demasiado tiempo, tanto que su madre ha sido enterrada dos días

1. Zambrano, María, «Una figura de la conciencia y la piedad: Antígona», en *Obras Completas*, VI, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, p. 295.

antes de que la hija llegue a Europa el 6 de septiembre. Araceli la espera y, en el duelo de la orfandad, le cuenta a su hermana María que ha sido torturada y humillada por los nazis; su marido era Manuel Muñoz, el último Director General de Seguridad de la República española, detenido y encarcelado en Francia y extraditado a España, donde, sometido a un consejo de guerra, será fusilado por la dictadura franquista. El personaje mitológico de Antígona se convierte, entonces, para el pensamiento y la creación de María Zambrano, en espejo y cofre que contendrán la memoria de una época sostenida y auspiciada por la maldad, en la que, contra toda esperanza, la paz ha de ser refundada.

Notas, apuntes, «delirios de Antígona», «cuadernos de Antígona», artículos como el publicado en la revista del grupo cubano *Orígenes*, en 1948, dan cuenta de que María Zambrano es guiada por Antígona para pensar el tiempo que le ha tocado vivir, en el que la violencia impone destinos, sin cabida para el sueño creador que pudiera frenar la reiteración de la barbarie. Así ha de entenderse, pues, que identifique a su hermana Araceli con Antígona, dedicándole algunos de los primeros textos donde su personal Antígona toma voz oponiéndose a la de Sófocles, como el que fecha en La Habana el 24 de junio de 1948, donde leemos: «A mi hermana Araceli que ha servido a la Piedad»<sup>2</sup>.

2. Zambrano, María, «Una figura de la conciencia y la piedad: Antígona», *loc. cit.*, p. 290. Para seguir la genealogía creativa de *La tumba de Antígona*, recomendamos los textos recogidos en el volumen citado de las *Obras Completas*, pp. 286-320, así como la presentación de *La tumba de Antígona* realizada por Virginia Trueba Mira, incluida en el

Pero también que ella misma se identifique con la hija de Edipo, partícipes sin elección de una historia sacrificial que justifica la muerte y el dolor apelando a oscuras razones punitivas que soslayan la piedad y las razones del corazón. Es sobrecogedora esa sentencia zambrania en la que nos recuerda que la razón, representada por la diosa Atenea, nació armada, directamente de la cabeza patriarcal. Aunque María Zambrano llegue a compadecer a Atenea-razón porque, en su naturaleza de doncella, como Antígona o Perséfone –no olvidemos que Atenea es *parthenos*, es decir, *virgen*–, le correspondería una simbólica corona de estrellas, simbolizando el universo de la posibilidad, la constelación del encuentro iluminador, la renovación feliz de la vida, y, sin embargo, se le ha impuesto un casco belicoso como signo identitario<sup>3</sup>. Pero, a pesar del casco, del escudo, de la lanza, la misión de las elegidas, como lo es Antígona, es hermanar, a costa del sacrificio de su biografía en aras de la historia transformadora; sobre toda construcción hay siempre una doncella enterrada viva, dirá. Vemos, pues, y es un hilo sutil que ayuda a seguir el camino laberíntico de *La*

volumen III de las *Obras Completas*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014 (segunda edición), pp. 1101-1115.

3. En el prólogo a su libro *Senderos*, María Zambrano habla de Antígona, la doncella que habiendo nacido para el amor fue devorada por la piedad. En el *Sueño creador* se refiere a ella, de nuevo, en los mismos términos. Y en *Diotima de Mantinea*, ensayo exquisito también con trazas de monólogo teatral, Diotima alude a Antígona; no olvidemos que Diotima es esa misteriosa mujer a la que Sócrates, en el platónico diálogo *Banquete*, atribuye todo su saber sobre el amor. Pero son muchos más los momentos de su obra donde Antígona aparece para alumbrar estancias del pensamiento.

*tumba de Antígona*, que el compromiso cívico, el sueño creador, el *delirio* zambrano, reclama soñar y construir la *matria* de la hermandad solidaria, respetuosa, frente a tantas patrias edificadas con llanto y sangre «sobre los cráneos de los muertos»<sup>4</sup>.

Si podemos mostrar un detonante biográfico en el proceso creativo de *La tumba de Antígona*, si la circunstancia es terrible en su identificación, María Zambrano es capaz, sin embargo, de trascenderla y concebir un verdadero tratado filosófico sobre la urgencia de un compromiso ético por la paz. Una paz que será verdadera si el perdón requerido para ella no es olvido, sino justicia. Y para que la lectura sea, en sí misma, una implicación en tal tarea colectiva, *La tumba de Antígona* nace con forma de texto teatral.

El teatro, desde sus más remotos orígenes, y en culturas y civilizaciones muy distantes y distintas, brota como expresión compartida de un instante humano donde la misteriosa experiencia del deseo, el miedo, la esperanza, el temor, la necesidad, la inquietud y la imaginación se encarnan y comparten en la ceremonia de la representación. Ante los ojos físicos y simbólicos de quienes en ella participan, se experimenta un estado al que podríamos llamar «delirante», en cuanto saca del surco donde trans-

4. Las palabras de Antígona en su tumba ante la llegada de sus hermanos Etéocles y Polinices son de una estremecedora actualidad: «Sí, yo sé que todas las victorias se alzan sobre el llanto, y que la sangre, por mucho que sea su caudal, no ablanda los corazones de los vencedores». Para continuar: «Todo se vuelve pesado bajo los vencedores, todo se convierte en culpa, en losa de sepulcro» (*vid. supra*, p. 94).

curre el tiempo cotidiano e impuesto, en cuanto da a la luz lo que la conciencia aísla y evita<sup>5</sup>. Y, con la protección que ofrece, psicológicamente, el teatro, la obra artística en general, nos adentra en una dimensión transformadora, puesto que la inocencia previa, como desconocimiento, queda abolida. Ese instante desvelado fundamenta el afán de la Filosofía, como esfuerzo por entender el destino que trae esa luz. Mientras que la experiencia de la misma, sin renunciar ni a la carne ni a los sentimientos, como la aurora augura la inminencia del día conservando la memoria de la noche, será la encomienda del arte<sup>6</sup>.

En tales términos, María Zambrano hace en *La tumba de Antígona* inventario de una vida propia que, a la par, es la vida de toda una generación de hombres y mujeres

5. Es sugerente tener en cuenta que la palabra «delirio» procede del latín *de-lirare*, algo semejante a abandonar el surco que se está labrando en la tierra.

6. Recordemos la importancia crucial que la filosofía de María Zambrano concede a términos como sueño o aurora, por toda la carga simbólica que ambos conllevan; y cómo hemos de vincularlos, filosóficamente, a lo que ella señalará como «delirios». Tal opción conceptual condiciona, obviamente, su manera de entender un sistema de pensamiento, obligado a la genealogía frente a la cronología, por ejemplo, con todas las consecuencias estilísticas y prácticas del mismo. *España, sueño y verdad*, *Los sueños y el tiempo*, *El sueño creador* o *De la aurora* son algunos de los títulos indispensables donde desarrolla tal pensamiento; aunque no podríamos dejar de mencionar al respecto obras como *Hacia un saber sobre el alma* o *El hombre y lo divino* y *Claros del bosque*. Y recordemos, también, que titula su novela autobiográfica *Delirio y destino (Los veinte años de una española)*. Dividida en dos partes, la segunda se llama, precisamente, «Delirios». Esta novela fue escrita en La Habana en los años cincuenta, aunque no se publicará hasta 1989, cinco años después del regreso de María Zambrano a España.

que padecieron la derrota del pensamiento en la primera mitad del siglo XX. Pero, al hacerlo, está replanteándose la historia de esa Europa que ha impuesto una racionalidad única que justifica, en sí misma, todo medio utilizado para mantener su poder. Y, a la par, las palabras de Antígona-Zambrano, en esa tumba que le permite encontrarse con sus muertos, es decir, hacer memoria, son la última oportunidad para que quienes queden aún en el lado de la vida puedan transitar con dignidad el porvenir.

Ésta es la causa, nos dirá, por la que entiende que es un error de Sófocles suponer que Antígona se ahorca con su velo, y que Hemón, al ver el cadáver de su prometida, se suicida abrazado al cadáver de ésta. María Zambrano no acepta esa muerte para una muchacha sin biografía ni elección. Por el contrario, la bajada a su tumba le permitirá, en ese interludio que el delirio supone en la tarea del pensamiento, revisitar su infancia representada por la nodriza, dirigirse a su hermana Ismene, convocar a su padre-hermano Edipo, compadecerse de la madre-sombra, tener una última conversación con Hemón, el amante frustrado. Revivir a los dos hermanos muertos en lucha fratricida para poder decirles lo que no se le permitió decir cuando ellos aún estaban vivos. Y enfrentarse, sin temor, a Creón.

Sin embargo, cuando Antígona habla con Hemón, tal vez María Zambrano está recordando que el amor de su temprana juventud, su primo hermano Miguel Pizarro, se le prohibió por el temor paterno a las consecuencias del incesto. O, tal vez, entre las líneas que Antígona le pide escribir, está Gregorio del Campo, su novio de tan-

tos años en Segovia, del que no volvió a hablar en público cuando ella abandonó la ciudad y el noviazgo terminó, y que, militar defensor de la democracia, años después de que ambos hubieran acabado su relación, es todavía hoy uno de los desaparecidos en las cunetas de la historia de España, de la historia de Europa<sup>7</sup>. La pensadora entrega su silencio para que Antígona lo guarde y, en el secreto, puede que hable con Araceli, puede que recuerde la muerte de Blas Zambrano y, en los diálogos de los personajes de su obra, acaso están los amigos de éste, que se convirtieron en maestros para ella, como Antonio Machado. Homenajea a su madre, Araceli Alarcón, maestra, con quien cruza la frontera hacia el exilio, y de la que, como decíamos al comienzo, no puede despedirse y, acaso, eso requirió para su alma creadora comenzar *La tumba de Antígona*. E incorporar, en la versión definitiva, a esos misteriosos «Desconocidos» que, como un coro contemporáneo, guiarán a Antígona hacia la luz que alumbre la prometida tierra del Amor.

Es cierto que la inocencia de «Niña Antígona» se pierde al conocer su origen prohibido. Pero ese desvelamiento que la hace culpable ante los demás sin haber participado en la causa de la culpa, esa suerte de pecado original, la convierte en símbolo de millones de seres humanos «castigados sin réplica» por la historia impuesta que cataloga siguiendo un orden inapelable. Y eso le permite, por vez primera en su biografía sin proyectos

7. Cfr. Zambrano, María, *Cartas inéditas (a Gregorio del Campo)*, Ourense, Ediciones Linteo, 2012, en edición de Marifé Santiago Bolaños.

personales, tomar partido por quienes padecen la historia sin tener opciones que cuestionen su violenta imposición. Cuando entierra a su hermano transgrediendo la ley de la ciudad, Antígona se torna una heroína semejante a tantas personas anónimas que mantienen la vida en medio de la muerte y consiguen sostener la dignidad cuando los hechos se esmeran en destruirla. Permítase-nos señalar cuántas veces, de un modo universal, esas personas son mujeres que transforman el mundo porque siguen una ley del corazón, eligen la vida y la dignidad en sus entornos, velan y trabajan para ello sin esperar más triunfo que el de lograr un mundo pacífico, respetuoso, donde no dé miedo o vergüenza vivir, a pesar de que nunca nadie, ninguna historia teóricamente común, contó con ellas para decidirse. Traemos este hecho a colación porque los personajes femeninos son fértiles motivos de reflexión en toda la obra de María Zambrano, hasta el punto de que uno de sus últimos proyectos, que dejó pergeñado, tenía como objetivo realizar una historia filosófica de las mujeres<sup>8</sup>.

Antígona da sepultura a su hermano «perdedor», convertido por la violencia de esa razón tiránica en enemigo del estado que lo condena al olvido; le procura memoria más allá de las leyes humanas que, arrogantes, se preten-

8. Quisiéramos aportar otro dato de sumo interés para abordar la lectura de *La tumba de Antígona*, y es el hecho de que, durante 1928, una jovencísima María Zambrano colaborará en el periódico *El Liberal* con una columna que titula, precisamente, «Mujeres». Juan Fernando Ortega Muñoz realizó para la editorial Veramar (Málaga, 2007) la edición, selección e introducción de un libro donde se publicaron, entre otros, tales artículos bajo el título genérico de *María Zambrano. La aventura de ser mujer*.

den eternas. La acción la torna a ella culpable para el grupo, pero ejemplar para quienes no han tenido voz en este relato excluyente decidido por tales supuestos vencedores. También es posible rastrear en la biografía de María Zambrano este hecho, escrito sobre su propia piel de vencida en una contienda donde estaba en juego la democracia frente al totalitarismo, convirtiéndose la Guerra Civil española en un siniestro ensayo de la II Guerra Mundial, en la que se alcanzarían territorios de maldad inimaginables millones de seres humanos.

*La tumba de Antígona* es todo lo que hemos tratado de sugerir y mucho más. Atisbamos lecturas profundas que dialogan entre sí, momentos fundadores de grandes logros, y también señales para encontrar dónde se perdieron muchos de aquellos sueños que, al no cumplirse, han sido errores en la historia de la humanidad. Intuimos las preocupaciones filosóficas de María Zambrano trasladadas a los fragmentos de esta última noche de Antígona, y el esbozo de muchos de los textos que llegaron después en su imprescindible bibliografía.

Y, en un saber de entraña, más genealógico que cronológico, reconocemos a la ciudadana María Zambrano que, como Antígona, no se cansó de luchar contra la barbarie; la que en el futuro 1984 regresaría a España diciendo que no se había ido nunca de ella. La primera mujer que recibía el Premio Cervantes; era entonces 1988, le quedaban tres años de vida.

Y, sobre todo, recogemos una delicada pieza que merece situarse al lado de los grandes frutos de la creación artística, que, por definición, es siempre «universal», tierra generosa de acogida donde la única ley es el amor,

como sugieren los versos extraídos del *Cantar de los cantares* que María Zambrano pidió grabar sobre la lápida de su tumba: «Levántate, amiga mía, y ven».

Marifé Santiago Bolaños

Escritora, Profesora Titular de Estética y Teoría de las Artes (URJC-IUDAA, Madrid)

(El Espinar, en Virgo, la constelación que contiene una Espiga, 2018.)

# La tumba de Antígona

